



Foto: Dulce María Loynaz con Gabriela Mistral

América: El Jardín de las Evas desveladas

No se concibe hablar de Dulce María Loynaz sin pensar en sus poemas. O son tal vez sus poemas los que se hacen eco de su voz, nos sensibilizan con ella y nos las traen de vuelta definitivamente del silencio. Cabe ahora preguntarse: ¿Fue gracias a sus poemas que pudimos atisbar su luz y entreverla en las sombras? o fueron siempre las sombras las que prevalecieron, negándonos la posibilidad de proyectarla en toda la dimensión de su luz. Muy pocos de los que se detienen hoy frente a la dama del cuadro de Teodoro Ríos, reconocen a la heredera de don Domingo Sañudo. Muy pocos reparan en su porte y ¿por qué no decirlo? en la alcurnia de su condición social. Hacerlo equivaldría a adentrarse en terreno escabroso, tener en cuenta a la dama de la burguesía habanera, a la “última de las criollas” que sobrevivió al derrumbe de su mundo, mientras veía pasar el tren arrollador a través de los barrotes de su casa del Vedado. Muy poco, y esto es todavía más triste, se conocía en Cuba de su obra. Salvo algunos versos suyos y un librito de “Poesías escogidas” con prólogo de J. Yglesias, editado por Letras Cubanas en la década de los 80. Nada se leía o se hablaba de Dulce María Loynaz. No fue hasta después del Cervantes que ocurrió el Abracadabra y sus libros empezaron a editarse por obra de un secreto encantamiento. Yo misma me vi en aprietos para escribir su biografía. Había ahondado en su poesía, y bebido de sus poemas en prosa, pero lo mejor de esa prosa, las más apreciables joyas escritas por Dulce María, tengo que reconocer avergonzada que tarde mucho tiempo en conocerlas. Los escasos ejemplares de Jardín y

Un Verano en Tenerife que existían en la Biblioteca Nacional, estaban vedados a los lectores por ser patrimonio de los archivos de reserva. Gracias a la gentileza de algunas bibliotecarias que sabían de mi trabajo con la Loynaz y gracias a la propia Dulce María que sacó de su reserva los pocos que ella misma conservaba fue que conseguí mi empeño. Luego desapolillamos cartas, discursos, conferencias, ensayos, y por último sus crónicas de la alta sociedad. Mientras más repasaba su trabajo, más me costaba creer que las editoriales cubanas, tan prodigas con algunas autoras femeninas, nos privasen tantos años de la obra de quien fue probablemente la más leal defensora de la mujer en la historia de nuestra literatura. Sería imperdonable que habiéndonos reunido hoy para homenajear a nuestra Premio Cervantes, y a las mujeres de letras de nuestro continente, pasáramos sin detenernos en estas páginas de incalculables quilates y profundo contenido humano. Al menos, yo, no me lo perdonaría.

Los que han leído las páginas a las que hago referencia, conocen que Dulce María dedicó más de un discurso a la poesía femenina y conocerán también que muchos de los ensayos magistrales que escribió cuando presidía la Academia Cubana de la Lengua estuvieron dirigidos a las mujeres que reinaron en el campo de las letras y dieron lustre al idioma castellano en nuestra América.

Fuera del campo de las letras, pero no de los reinados, dedicó un último rosario a aquella que ocupó el trono de Castilla y Aragón, y que tanta influencia tuvo en el descubrimiento del nuevo continente. Este trabajo, que pertenece a una serie de artículos publicados en el diario ABC, le valió el Premio de Periodismo Isabel la Católica, en abril del 91. En sus “Crónicas de Ayer” nos describe la visita de la Infanta Eulalia a la entonces San Cristóbal de La Habana, *en momentos difíciles, con ruta erizada de escollos que sólo una mujer encantadora, con gracia y sumo tacto podría sortear.*

No habría de ser esta la primera ni la última vez que la corona confiara el éxito de una empresa a las virtudes de una hija de su casa. Sin embargo, contrario a lo que se esperaba, no fueron los gentiles atributos que poseía la princesa los que la hicieron granjearse la simpatía de los criollos en cuanto pisó la isla, sino más bien un equívoco de última hora que nadie alcanzó a prever.

Se avizoraban las costas de La Habana, cuando la joven doña Eulalia, desfallecida del calor, decidió sustituir el ajuar preparado por ese día por un traje azul cielo con entredoses y puntillas blancas, prendiéndose al moño una preciosa pamelita rebotante de rosas rojas.

Ataviada de ese modo se presentó en la cubierta del barco y el gobernador, al verla, *palideció de espanto y no acertó a hacer la genuflexión acostumbrada. Al fin alguien se atrevió a decir a la Infanta que inadvertidamente se había vestido con los tres colores de la bandera insurrecta y era imposible desembarcar con tal tocado. ¿Imposible? Imposible era quitarse los cuarenta alfileres del sombrero que atravesaban el egregio moño. Imposible improvisar nuevos atuendos o asarse en terciopelo de Lyon(...)Y así desembarcó la Infanta de España, y el pueblo, mudo hasta ese instante, al darse cuenta que traía en la sonrisa el reflejo de la enseña amada, prorrumpió en gritos de entusiasmo, se arremolinó, la rodeó, la fue siguiendo como una ola cálida y tremante.*

A estas joyas de la letra impresa que publicaba en el periódico El País a finales de los años 40, y que escribía para dar realce a la página social que firmaba su esposo Pablo

Álvarez de Cañas, dice deberle los recuerdos de los días más felices de su vida. En el *Success* de la Semana, se recogía el acontecimiento social más significativo, mientras que, Entre Dos Primaveras, nos sitúa entre dos épocas rosa, donde abuelas y nietas se entrecruzan para igualar en el tiempo la gracia de aquellas damas que brillaron en los salones de la alta sociedad habanera. En ellas recrea la autora los elegantes recibos de Loló Larrea de Sarrá, *que unían a la gracia del viejo estilo criollo (...) la difícil distinción de ser nuevo donde todo parece estar gastado...de ser conservador de bellas tradiciones cuando la tradición es flor que muera... y que salva.*

Cabe imaginar, cuan lujoso debió ser aquel baile de disfraces al que asistió María Cay vestida de japonesa. Fue la Cay una de las mujeres más bellas de su tiempo, a ella le dedicó el gran poeta cubano Julián del Casal su famoso poema Kakemono, y fue ella probablemente su único y gran amor.

Al parecer hubo una que no brillo ni fue lo que se dice agraciada. Tal es el caso de Consuelo Sánchez Mármol, una frágil jovencita que se ganó el derecho a figurar en una crónica de Dulce María, por la manera tan romántica y extravagante en que se privó de la vida: durmiendo en un lecho de adelfas venenosas.

Muchas fueron, pero entre todas hay una que no reinó siquiera como esposa, y que pasó por la historia nuestra, oscura como una sombra hasta cubrirse ella misma de silencio. A esta mujer enmudecida por el tiempo y el olvido, no habría de olvidarla tampoco Dulce María y no sólo no la olvida, sino que sale de repente en su defensa en el discurso académico que dedicara al escritor cubano José de la Luz León. Esa mujer no es otra que Carmen Zayas Bazán, la esposa de José Martí. De ella nos dice:

En Cuba más que en otra parte, prevalece la teoría de que no se debe escarbar en el arcano de ciertas existencias: que la vida privada es siempre sagrada, pero más debe serlo en el caso de los grandes hombres (...) No se observa igual escrupulosidad cuando se trata de las grandes mujeres, pues en la intimidad de sus sentimientos, todos creen tener derecho de acceso.

Hace referencia a un libro de José de la Luz león –más conocido en Cuba por el seudónimo de Clara del Claro Valle, con el que firmaba las crónicas que publicaba en el desaparecido diario *El Mundo*. Se lamenta de que ese libro haya quedado inconcluso, pues en él recogía su autor la vida de José Martí, desde su primer exilio en Zaragoza, hasta el último en Nueva York, y se reunían además once cartas de Carmen Zayas Bazán dirigidas a su esposo, que servían, según él, para dar fe de que el verdadero amor de José Martí fue la mujer con quien se casó.

Dulce María discrepa en este punto: *Dando a la palabra amor un sentido más amplio, un sentido ecuménico, pidiéramos decir, cabe pensar que a ninguna mujer le fue dada esa gloria, pues el verdadero amor de Martí fue Cuba.*

Tampoco Carmen le dio felicidad, pero él tenía un ideal que llenaba ya toda su vida, y ella, fuera de aquel, su amor de hombre, no tenía ninguno.

Carmen Zayas Bazán había pasado todos esos años luchando por apartar a Martí de la guerra, pero cuando él cae en Dos Ríos, parece súbitamente comprender...Es entonces cuando hace a su memoria la ofrenda del hijo: El hijo que era todo lo que ya le quedaba en este mundo.

Sin ocultar su horror a la contienda, que sigue siendo el mismo, ni el espanto de ver, como dice, al hijo donde tan pronto cayó el padre, le escribe a Máximo Gómez: A usted que debe conocer a los hombres, no le será difícil penetrar a un niño. Para usted soy una desconocida, no tengo mérito en que apoyar mi recomendación; sólo mi interés de madre que usted comprenderá fácilmente pues su esposa lo tendrá acostumbrado a saber como queremos a nuestros hijos las madres cubanas. Acuérdesse de Martí y ame al hijo por él. Yo me quedo sola en la vida esperando...

Al cabo de tantos años que lleva muerta, José de la Luz León ha intentado ponerla de pie, revivir el eco de su voz para que puedan oírla aquellos que poco o nada saben de ella. Pero tengo para mí que será en vano su romántica empresa, nadie se detendrá en un juicio ya fallado (...) nadie dije: pero quizás hubo alguien que sí le hubiera agradecido el gesto: el propio José Martí.

El tema de la mujer estuvo siempre presente en mis sesiones de trabajo con Dulce María Loynaz. Especialmente las poetisas hispanoamericanas. Creo haber dicho en más de una ocasión que no fueron las diligencias personales, ni las tornadizas contingencias del destino, las causas que favorecieron mi primer encuentro con la Dama de América, pero como tampoco hasta hoy, he podido echar mano a ninguna explicación creíble para mí misma, me ha dado por pensar que fue –permítaseme la fantasía- el espíritu irradiador y temerario de la poetisa uruguaya Delmira Agustini, el que escuchó mis plegarias aquella tarde de junio y me llevó en volandas hasta la solitaria casona de E y 19 en el Vedado habanero, depositándome milagrosamente frente a la verja de entrada, poco antes de que rompiera a llover.

Tampoco es ya ningún secreto, el obstinado hermetismo que, durante mucho tiempo, mantuve en torno a mis años de trabajo con Dulce María. No sólo me resistía a contar mis recuerdos de mi primera tarde con ella, sino los de todas las tardes que le siguieron después... Cada día, cada mes, cada año, los iba atesorando yo celosamente en la reserva íntima del alma, como si temiera destapar el frasco de una fragancia exquisita que pudiera evaporarse al contacto del aire o de la luz. Siempre he pensado que el silencio es el mejor preservador de los aromas espirituales y sobra decir que fue la espiritualidad la que prevaleció en todo lo que compartimos, la que impregnó los recuerdos y quedó impresa en el libro que nació de entre las dos.

Pero volvamos a la Agustini, por lo muy reina que fue de la poesía americana, por lo mucho que significó para Dulce María hasta el fin de sus días y por la trascendencia decisiva que sin sospecharlo llegó a tener para mí. Para ello me remontaré al inicio de los noventa, cuando colmada hasta el cuello de papeles, pero aún insatisfecha, revolví afanosamente los archivos de la Biblioteca Nacional en busca de información para el trabajo biográfico que me había propuesto hacer sobre la que sin dudas fue la más genial poetisa de nuestro continente. Entonces cayó en mis manos aquel cuadernillo gris de hojas amarilleadas, titulado *Poetisas de América*, que contenía el discurso pronunciado en el año 51 por Dulce María Loynaz, con motivo de su ingreso a la Academia Nacional de Artes y Letras. Allí, desgranadas en las cuentas de lo que ella misma llamó *un apretujado rosario* estaban las poetisas que fueron *floración de un nuevo mundo*, ese mundo que fue y sigue siendo América. A ninguna pasaría por alto la Loynaz en su repaso minucioso, desde doña Elvira de Mendoza y doña Leonor de Ovando, *puestas a rimar sus enterezas cristianas con las olas de aquel mar recién estrenado que golpeaba las costas de la Isla Española*, hasta la desobediente y curiosa Juana de Asbaje, la Sor Juana de una América todavía virreinal, *en constante brega con*

obispos y abadesas, amenazada de rozar los linderos de la herejía y de despertar las iras del Santo Tribunal de la Inquisición.

Los mismos signos de Sor Juana, después de dos centurias: la rebeldía, la altivez, el debatirse siempre en soledad, los reconoce Dulce María en nuestra Tula cuando exclama: *¡Aunque no fuera por más nada que por esto, ya sería poetisa de América la cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda!* El amor, la admiración, el respeto que sentía por la excelsa camagüeyana, la llevó a encabezar una campaña con el fin de solicitar el nombre de Gertrudis Gómez de Avellaneda para el Teatro Nacional, recién construido por entonces en La Habana. Con incalculables dotes de jurista, defendió la cuestionada cubanía de su compatriota en la conferencia que dictara en su provincia natal, y no conforme aún, en el año 57 aceptó el desafío de desagraviarla nuevamente en una segunda conferencia, al defender sin tapujos su dignidad de mujer. Le rinde honor al decir: *Mujer tempestuosa, que ha de vivir siempre con el pie en el estribo del caballo de pelear.*

Descendiendo en el tiempo y en el espacio –nunca en la categoría, se suceden Juana de Ibarbourou, Alfonsina Storni, Gabriela Mistral, Delmira Agustini, Cecilia Mireles, María Eugenia Vaz Ferreira, María Monvel, Salomé Ureña y las cubanas Dulce María y Juana Borrero.

De Juana de Ibarbourou y Alfonsina Storni, Dice: *Son las dos más femeninas poetisas de América: Sus versos trascienden muchas veces a intimidad, a diálogo, a cabellera en desorden de amor o de viento...Mientras Juana se yergue en deidad del trigo y de la avena, Alfonsina con sus rasgos felinos y el corazón urbanizado a medias, no acierta sin embargo a salir de la ciudad. Buenos Aires pesa sobre ella, la penetra en el verso gris, un poco amargo.*

Antítesis de esa poesía en flor de la uruguaya y de aquella otra nerviosa y fina de la Storni, es la poesía de Gabriela Mistral (...) Su voz es la que pudieran tener los árboles si en ellos se realizara el prodigio del cuento oriental y nos fuera dado oír el árbol que canta...

De Gabriela conocemos mucho los cubanos. Sabemos que visitó La Habana en 1953, año del Centenario Martiano. Sabemos que fue huésped de Dulce María y Pablo y que la amistad que las unía se vio eclipsada por dos incidentes sucesivos que la cubana se tomó como desaires. No por ello disminuyó a la chilena en su estima, ni dejó de reconocer en ella a la mujer extraordinaria. Así lo demostró en el ensayo Gabriela y Lucila, donde la retrata de cuerpo entero, con ese pulso sutil, pero preciso que poseía para calibrar como nadie el alma humana.

Finalmente llegamos a Delmira, a quien coloca de última como queriendo concederle más espacio en la escritura. No hará falta siquiera que la nombre para que desde las primeras líneas nos lo deje ya expresado todo.

Deliberadamente dejé para la cuenta última (...) a la que yo más quiero, a la que tiene en la penumbra de mis devociones un rincón último y cimero.

Es tremenda la fuerza con que la describe, imponente las palabras que escoge. No la compara con ninguna de las otras. La aparta de todas y la eleva *en un carro de fuego hacia la inmensidad de las constelaciones.*

Para hablar de Delmira Agustini hay que santiguarse antes, como hacían las gentes del campo al nombrar al Santo Padre o al demonio. Esta mujer es de garra y ala. Es un arcángel ensoberbecido, abatiendo las sombras a aletazos (...) Arranca los luceros y los aplasta entre sus pies; tiende la mano temeraria hacia la misma cabeza de Dios... Sobrecoge el ánimo lo que ella es capaz de pensar y de decir. Y lo dice y lo piensa habiendo sólo vivido 27 años. Bajo el mármol de su carne, bajo su figura estatuaria se acrisolaban y hundían todos los fuegos del cielo y de la tierra.

Es un verso de esta elegida de los dioses el que escoge para dar cierre al rosario:

*Yo muero extrañamente... No me mata la vida,
No me mata la Muerte, no me mata el Amor;
Muero de un pensamiento mudo como una herida...
¿No habéis sentido nunca el extraño dolor?*

Bastaría cerrar los ojos para visualizar a Dulce María en la memoria y sentir su voz velada por la emoción vuelta apenas un susurro...

El poema, Lo Inefable, estaba entre sus preferidos. Más tarde volverá a incluirlo en su ensayo, Delmira Agustini: El Misterio en su Obra y en su Muerte, donde establece un diálogo íntimo con la poetisa uruguaya, que intenta desentrañar el enigma de aquellos *siete velos lilas* que habrían de cubrirla hasta la hora final.

-Usted tampoco encontró la respuesta.

Dijo, mirándome interrogativa a los ojos a través de los cristales de los lentes, la mañana inolvidable en que terminé de leerle mi biografía de Delmira, sentadas junto a la ventana de la cocina de su casa, sobrecogidas las dos, rozándonos las manos casi: las mías temblorosas, humedecidas por el hielo del sudor, las de ella firmes y cálidas, apretadas al bastón.

-No, respondí desencantada. –Yo tampoco supe qué paso.

Enseguida se repuso para intentar animarme.

-No se aflija, su muerte fue una tragedia, y las tragedias no tienen explicación.

No me pidan que les cuente lo que dijo acerca de mi trabajo. Basta decir que lo aprobó, y que el misterio de Delmira obró en mí el sortilegio de Dulce María Loynaz.

-¿Entonces cuando empezamos a escribir su biografía?

- Usted, además de tener madera de escritora, es perseverante y arrestada. Me respondió sonriendo mientras apuntaba a mi frente con el puño del bastón.

-Venga mañana... Y ya sabe lo que le espera...

Pero no lo decía en serio porque a pesar de la advertencia, sonreía. Aún seguía sonriendo cuando llegué a la puerta y a punto ya de salir, me pregunto:

-¿Y puede saberse cómo se va a llamar ese libro?

-La Voz del Silencio –Dije-, y ella sin dejar de sonreírme, asintió.

Ana Cabrera Vivanco

Universidad de La Laguna, Tenerife, noviembre 2002.



Monumento en Puerto de la Cruz a Dulce María, del escultor cubano Carlos Enrique.